

palabras: «Justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos, ... porque tus juicios han sido manifestados.» (Apocalipsis 15:3, 4)

Juan miró de nuevo hacia el templo; porque si bien había visto proféticamente la culminación, el fin aún no había llegado por completo. Ve a los siete ángeles esperando, y a ellos les son dadas, por una de las cuatro criaturas vivientes, siete copas de ira. Tan completo es el reconocimiento de la justicia de todos los caminos de Dios que cuando Cristo proclama: «El que es injusto, sea injusto todavía; y el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, sea justo todavía», (Apocalipsis 22:11) ya no hay oportunidad para que el hombre cambie su rumbo o desande sus pasos. Las copas que contienen la destrucción para los impíos son colocadas en las manos de los ángeles por una de las cuatro criaturas vivientes, representando al hombre en el tribunal del cielo. El hombre es juzgado por su semejante, y el universo proclama la justicia de la ley de Dios. Cristo sale; el templo queda solo para el Padre. «Los umbrales se estremecieron a la voz del que clamaba, y la casa se llenó de humo.» (Isaías 6:4) Los siete ángeles esperan la orden de Jehová. La obra final de la tierra está a punto de comenzar.

17. Las Siete Últimas Plagas

El velo interior del santuario terrenal fue rasgado en dos cuando Cristo en el Calvario pronunció las palabras: «Consumado es». Estas palabras anunciaron a todo el universo expectante que el servicio de tipos y sombras había terminado para siempre; porque el tipo había encontrado su antítipo. Cuando Cristo se levante del trono del juicio en «el templo del tabernáculo del testimonio en el cielo», el Lugar Santísimo, y clame de modo que su voz alcance los confines más remotos de la creación, diciendo: «Hecho está», la gloria del Padre llenará el templo, y todos los demás seres serán excluidos. Los hombres en la tierra pueden seguir implorando perdón; pueden seguir pensando que hay tiempo para hacer las paces con Dios; pero como los judíos, que no vieron en Cristo el antítipo de los corderos que habían sacrificado, y continuaron ministrando en el templo, ya no

hay virtud alguna en su servicio. Tampoco valdrá la oración después de que Cristo diga: «Hecho está». Su declaración es final; el tiempo de gracia habrá llegado a su fin. Durante miles de años los hombres han escuchado la voz de Dios, pero han pasado sin prestar atención. Todos los hombres oyen la predicación del Evangelio eterno, pero muchos hacen oídos sordos a la voz de Jehová.

La humanidad toma toda su vida física, todo su poder y energía de Dios; porque «en él vivimos, y nos movemos, y somos» (Hechos 17:28); y sin embargo, mientras cada latido está bajo el control directo del Dios de la vida, y Él sabe y posibilita cada aliento que se toma, los hombres negarán Su misma existencia; o, mientras débilmente reconocen que existe un Poder Supremo, afirman que son totalmente independientes de ese Poder, y tienen derecho a seguir los dictados de un intelecto pervertido. Se dará tiempo a estos filósofos para probar su teoría. Cuando la gracia y la misericordia dejen de alcanzar la tierra, el príncipe de este mundo tendrá control total sobre los impíos.

Cuando el hombre dice con palabras y hechos que no obedecerá, y aquellos que sí obedecen son reunidos en pequeñas compañías cubiertas por la gloria de Dios, entonces se quita la restricción, y el hombre siente el efecto de una vida sin Cristo. Habiendo esperado hasta el límite extremo del tiempo dado para la misericordia, Dios llama por fin desde el templo a los siete ángeles que tienen las siete copas llenas de la ira de Jehová, y les manda que salgan. Los siete ángeles vienen a la tierra uno a la vez; es decir, el Espíritu gobernante de Dios se retira de un elemento tras otro, hasta que resulta una destrucción total. Sus plagas [vendrán] en un día, dice el profeta, o en un año de tiempo literal.

El primer ángel fue y derramó su copa sobre la tierra. Desde el decreto divino pronunciado en el tercer día de la semana de la creación, la tierra ha sido una sierva obediente; y desde la creación del hombre, ella nunca se ha negado a responder a su llamado de alimento. Todo lo que el hombre sembraba, eso esperaba cosechar; y los granos y las hierbas han sido para el servicio del hombre y de la bestia. Los alimentos que la tierra produce nutren el cuerpo humano, y la enfermedad es repelida. Pero el primer ángel derramó su copa sobre la tierra.

«¡Ay del día! porque el día de Jehová está cerca, y vendrá como destrucción del Todopoderoso» (Joel 1:15). «La semilla se pudrió bajo sus terrones, los graneros están asolados, los establos están derribados; porque el maíz se marchitó. ¡Cómo gimen las bestias! Los rebaños de ganado están perplejos, porque no tienen pasto; sí, los rebaños de ovejas están desolados» (Joel 1:17, 18). Habacuc dice que «Aunque la higuera no florezca, ni en las vides haya fruto; aunque falte el producto del olivo, y los labrados no den mantenimiento; y las ovejas sean quitadas de la majada, y no haya vacas en los corrales» (Habacuc 3:17). «El cielo sobre vosotros retuvo el rocío, y la tierra retuvo su fruto» (Hageo 1:10).

Una corta sequía, en un área pequeña, ha causado sufrimientos y enfermedades incalculables en la tierra. ¿Qué será cuando la tierra deje de producir sus frutos, o cuando los árboles y toda la vegetación estén tan llenos de enfermedad que el ganado muera de hambre por falta de pasto, y el hombre no se encuentre en mejor condición?

«Cayó una úlcera maligna y grave sobre los hombres que tenían la marca de la bestia, y sobre los que adoraban su imagen» (Apocalipsis 16:2). Antes de que el primer ángel, sosteniendo su copa, saliera del templo, todos los hombres habían sido divididos en dos clases, —aquellos que están sellados con el sello del Dios viviente, y aquellos que adoran a la bestia, o a su imagen, y llevan su marca. Las úlceras graves caen sobre aquellos que tienen la marca de la bestia. Cuando la enfermedad se propaga por la tierra, solo es reprendida por una fuerte atmósfera espiritual. Cristo estaba completamente lleno de vida, que es el resultado de la unión del alma con la fuente principal; y así como Él podía tocar al leproso y hacer que la salud fluyera de Él al hombre enfermo, así en el tiempo de la primera plaga, aquellos que están vestidos con vida espiritual resistirán la enfermedad. Incluso el hombre físico será protegido por la fuerza de la unión del alma con el Padre. Su pan y agua estarán seguros, y los hábitos de una dieta sencilla se han arraigado tanto durante su tiempo de gracia que, aunque haya sequía, Dios puede alimentarlos como lo hizo con Israel en el desierto. En medio de este terrible sufrimiento, las pequeñas compañías cantarán y se regocijarán. «Yo me

regocijaré en Jehová, me alegraré en el Dios de mi salvación. Jehová el Señor es mi fortaleza, y Él me hará caminar sobre mis alturas» (Habacuc 3:18, 19). «No temerás... de la pestilencia que ande en oscuridad. ... Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegará. ... Porque has puesto a Jehová, que es mi refugio, aun al Altísimo, por tu habitación; no te sobrevendrá mal, ni plaga tocará tu morada» (Salmos 91:5, 7, 9, 10).

Así como el Señor puso una división entre Israel y los egipcios después de que las primeras tres plagas cayeron sobre la tierra de los faraones, así en el tiempo de angustia Él dice: «Anda, pueblo mío, entra en tus aposentos, cierra tras ti tus puertas; escóndete un poquito, por un momento, en tanto que pasa la indignación. Porque he aquí que Jehová sale de su lugar para castigar al morador de la tierra por su maldad» (Isaías 26:20, 21). «Y creará Jehová sobre todo lugar de la morada del monte de Sion, y sobre sus asambleas, una nube y humo de día, y el resplandor de un fuego llameante de noche; porque sobre toda la gloria habrá una cobertura» (Isaías 4:5).

La copa del segundo ángel fue derramada sobre el mar, y las criaturas del mar murieron, porque lo que una vez fue vida se convirtió en veneno. Solo hay un paso entre la vida y la muerte. Un cambio de unos pocos grados en la temperatura mataría toda la vida, tanto animal como vegetal; privar a un animal del oxígeno que da vida, y en unos pocos momentos, la vida se extingue.

La liberación de Israel de la tierra de Egipto, y su guía a través del desierto, es un tipo del cuidado de Dios por sus sellados durante el año en que caen las plagas. Este será un tiempo de angustia cual nunca hubo desde que hubo nación, y la fortaleza del pueblo de Dios consistirá en apegarse estrechamente a Él. Una profunda angustia a menudo los oprimirá, pero a medida que la luz de las promesas irradie, cantarán alabanzas por su liberación.

Durante la caída de estas plagas, los hombres de ciencia, que han defendido el poder del intelecto humano y la sabiduría del hombre, sin duda ofrecerán razones científicas para las enfermedades en la tierra y el mar. Los magos de Egipto

primero imitaron las maravillas que vinieron de la mano de Moisés; y cuando ya no pudieron hacerlo, dieron una razón para cada milagro, asignando alguna causa natural; y tan pronto como la plaga era retirada, Faraón decía en su corazón: *«Pensé por un tiempo que era una providencia divina sobre la tierra, pero sin duda, como dicen los magos, se debió a tal o cual causa»*, y Faraón endurecía su corazón. Como hicieron los hombres entonces, así harán al final del tiempo; porque los corazones de los hombres son los mismos en todas las generaciones. El arrepentimiento de Faraón fue como el de Caín, —fue dolor por el sufrimiento, no dolor por el pecado. Esto será lo mismo en los días de las últimas plagas.

El tercer ángel retira el espíritu vivificante de los ríos y las fuentes de agua, y estos se convierten en sangre. Desde los días de la creación, Dios, por medio de los arroyos y los pozos de agua, ha tipificado la salvación, que es plena y gratuita. Como maestro en la tierra, Cristo usó las aguas del pozo de Jacob para ilustrar la vida del Espíritu, que brota para vida eterna. La roca golpeada en el desierto, de la cual fluyó agua para los millones sedientos en el campamento de Israel, fue la voz de Dios diciendo: «Venid a mí y bebed». En el servicio del santuario, en aquel último gran día de la fiesta, las trompetas de plata convocaron al pueblo temprano por la mañana; y los sacerdotes, llevando cántaros de agua del arroyo Cedrón, subieron los escalones del templo cantando: «Nuestros pies estarán dentro de tus puertas, oh Jerusalén» (Salmos 122:2). «Jehová es mi fortaleza y mi cántico; Él también ha llegado a ser mi salvación. Por tanto, con alegría sacaréis agua de los pozos de la salvación» (Isaías 12:2, 3). Estas palabras serán cantadas de nuevo por aquellos que sean preservados en el tiempo de la tercera plaga. Aquellos que han cambiado la vida por la muerte, verán los ríos convertidos en sangre, —un tipo de la sangre de Cristo, que han despreciado; y las vidas de los santos que han tenido en poca estima.

El cielo se inclina cerca de la tierra, incluso a través de su tiempo de angustia; y los ángeles, habiendo observado el obrar del mal, sostienen el propósito de Dios y pronuncian Sus juicios verdaderos y justos. El sol, que ha brillado por igual

sobre justos e injustos, que, en sus mismos rayos, es un reflejo de la sonrisa de Dios, se convierte, cuando su Espíritu se retira, en un calor que abrasa a los hombres como con fuego. Dios, cuyo semblante es vida para aquellos que están en armonía con Él, es un fuego consumidor para sus enemigos. El relámpago ha sido encadenado, y cuando se mantiene dentro de su circuito, es el siervo obediente del hombre, incluso administrando a su ser físico; pero sin control, es un instrumento de muerte instantánea. Así, el sol se convierte en un agente de destrucción, y bajo la cuarta plaga sus rayos abrasan a los hombres. En el desierto una nube cubrió el campamento durante el día. Dios era como una «sombra de gran peñasco en tierra calurosa» (Isaías 32:2). «El que habita al abrigo del Altísimo morará bajo la sombra del Omnipotente» (Salmos 91:1). Pero aquellos sin refugio, que sufren el calor intenso, que marchita todo ser viviente y postra a hombres y bestias, blasfeman a Dios y no se arrepienten.

Mientras la gracia perduraba, Dios trató con los hombres de diversas maneras para hacerlos arrepentirse. Envío advertencias por medio de los profetas, habló a través de Sus providencias, dio bendiciones y luego las retiró, dio salud, y cuando eso no produjo arrepentimiento, buscó mediante un lecho de enfermedad obtener reconocimiento. Cuando la gracia haya terminado, se verá que ningún poder en el cielo o en la tierra podría haber vuelto a los sabios del mundo a la fuente de toda verdadera sabiduría. «Efraín es dado a ídolos; déjalo» (Oseas 4:17).

Se dieron señales de la venida del Hijo del Hombre en la tierra, el mar y el cielo. Esas fueron desatendidas, y en las plagas, los terrores provienen de esos mismos lugares.

La quinta copa fue derramada sobre el trono de la bestia. Los acontecimientos en los últimos días revelan el espíritu perseguidor de la bestia y su imagen. Todo el mundo se maravilló tras la bestia, y recurrió a su poder hecho por el hombre en preferencia al Dios de luz y amor. Densa oscuridad cubrió toda la tierra de Egipto durante tres días, de modo que los hombres no podían salir de sus hogares. Este fue un tipo de la oscuridad de la quinta plaga. Los hombres se burlaron cuando oyeron que el oscurecimiento del sol en 1780 era una señal del día de Dios que se

acercaba. Algunos de estos hombres vivirán cuando el sol se niegue a brillar sobre toda la tierra. Blasfeman a causa del calor de sus rayos; y luego se muerden las lenguas de angustia durante la amarga noche que se asienta sobre la tierra.

«Cercano está el gran día de Jehová, cercano y se apresura mucho. ... Ese día es día de ira, día de angustia y aprieto, día de devastación y desolación, día de oscuridad y lóbreguez, día de nubes y de densas tinieblas. ... Y traeré angustia sobre los hombres, para que anden como ciegos, porque pecaron contra Jehová. ... Ni su plata ni su oro podrán librarlos en el día de la ira de Jehová; mas toda la tierra será devorada por el fuego de su celo: porque Él hará una consumación rápida de todos los que moran en la tierra» (Sofonías 1:14, 15, 17, 18). Terrible es la ira de Dios; Él solo tiene que esconder Su rostro, y todos los hombres quedan confundidos. Satanás, una vez portador de luz en la corte celestial, afirmó que la luz habitaba en él. Este será un tiempo para que manifieste su poder; pero el mundo descubre que su príncipe, con todos sus seguidores, está envuelto en la misma densa oscuridad. La luz brilla solo sobre las casas de Israel. Cada pequeña compañía sigue siendo cubierta por esa nube que es una protección contra el calor y una luz en la noche. Es la misma columna de nube que guio al antiguo Israel.

Los maravillosos registros de liberación, dispersos a través de la santa Palabra, son tipos de la liberación final del pueblo de Dios cuando la tierra misma sea destruida, junto con los obradores de iniquidad. Cada derrocamiento de naciones es un símbolo de la destrucción final de todas las cosas en la segunda venida de Cristo. Estos tres testigos, —la experiencia individual, la vida nacional y la Palabra escrita— han hablado constantemente; pero aunque un ángel del cielo hablara con voz atronadora, los hombres no cambiarían. Incluso durante la caída de las plagas, los hombres siguen el camino del mundo. Los gobiernos hacen sus negocios, los hombres buscan oro y fama, las naciones se preparan para la guerra, y los poderes dominantes de la tierra, —la bestia y su imagen— todavía planean el exterminio de la secta odiada y perseguida a la que culpan de la hambruna y la

pestilencia. Así como Elías, el profeta, fue llamado el perturbador de Israel, así el pueblo que guarda los mandamientos es señalado como la causa de la tribulación.

La bestia y su imagen buscan controlar todas las naciones. Satanás trabaja de una manera nunca antes conocida. Los principios que hicieron de Roma el gobierno más opresivo son revividos y fortalecidos. El poder milagroso del Espiritismo añade fuerza a la opresión. Paganismo (el dragón), el papado (la bestia) y el protestantismo caído (el falso profeta); unen sus manos. Impulsados por los espíritus inmundos, decretos mortales son emitidos por esta unión triple, y el mismo Satanás aparece en persona. Los ángeles desatan los vientos de la contienda; y movilizadas por el gran comandante de las legiones de las tinieblas, las naciones se reúnen para la gran batalla del Armagedón. Hasta ahora la mano de Dios ha controlado en la batalla. Su voz ha dicho: «*Hasta aquí, y no más allá*»; y aunque Su mano no fue reconocida, ha guiado incluso a ejércitos paganos. Esta es una verdad claramente mostrada en las guerras de Israel, registradas en el Antiguo Testamento.

Pero cuando se derrama la sexta plaga, no hay mano restrictiva. El poder turco, designado como el río Éufrates, que ha separado Oriente y Occidente, cede; y como el choque de poderosas nubes de tormenta, los ejércitos de la tierra, luchando por el territorio, se encuentran en el valle de Josafat, —el antiguo lugar de encuentro de Egipto y Asiria, conocido en hebreo como Meguido, y en griego como Armagedón. La palabra misma significa «*el lugar de las tropas*», y la historia de las batallas libradas allí tipifica el último gran conflicto entre naciones bajo la sexta plaga. En los días de Débora, la profetisa, los ejércitos de Israel lucharon contra Jabín, rey de los cananeos, cuyo capitán era Sísara. Dios obró por Israel, y la victoria provocó el cántico de Débora y Barac: «*Vinieron reyes y pelearon; pelearon los reyes de Canaán en Taanac junto a las aguas de Meguido; no tomaron ganancia de dinero. Pelearon desde el cielo; las estrellas en sus cursos pelearon contra Sísara*» (Jueces 5:19, 20). En el valle de Meguido, Josías, rey de Israel, fue asesinado por Faraón Neco, quien pasaba por ese valle hacia la fortaleza de los abisinios en el Éufrates. La muerte del rey judío causó gran

lamentación, llamada «el luto de Hadadrimón»; y mirando hacia el tiempo del fin, el profeta Zacarías dice: «En aquel día habrá gran llanto en Jerusalén, como el llanto de Hadadrimón en el valle de Meguido» (Zacarías 12:11).

Mientras las naciones se reúnen para este gran conflicto, el séptimo ángel derrama su copa en el aire. Los elementos, que hasta ahora se habían mezclado para dar vida al hombre, chocan entre sí; y por encima del tumulto, los poderosos estruendos de truenos y los destellos de relámpagos, se oye la voz del mismo Jehová diciendo: «Hecho está» (Apocalipsis 16:17). «Todo el ejército de los cielos se disolverá, y los cielos se enrollarán como un pergamino; y todo su ejército caerá, como cae la hoja de la vid, y como cae el higo de la higuera. Porque mi espada se embriagará en el cielo. ... Porque es el día de la venganza de Jehová, y el año de retribuciones por la controversia de Sion. Y sus arroyos se convertirán en brea, y su polvo en azufre, y su tierra se hará brea ardiente» (Isaías 34:4, 5, 8, 9). «Jehová es tardo para la ira y grande en poder, y de ningún modo tendrá por inocente al impío. Jehová tiene su camino en el torbellino y en la tempestad, y las nubes son el polvo de sus pies. Él increpa al mar y lo seca, y seca todos los ríos. ... Los montes tiemblan ante Él, y los collados se derriten, y la tierra es quemada ante su presencia, sí, el mundo y todos los que en él habitan. ¿Quién puede estar delante de su indignación? ¿Y quién puede soportar el ardor de su ira? Su furor se derrama como fuego, y las rocas son derribadas por Él» (Nahúm 1:3, 4, 5, 6). «Porque, he aquí, Jehová sale de su lugar, y descenderá, y hollará sobre las alturas de la tierra. Y los montes se derretirán bajo Él, y los valles se hendirán, como cera delante del fuego, y como las aguas que se derraman por un lugar escarpado. Todo esto es por la transgresión de Jacob, y por los pecados de la casa de Israel» (Miqueas 1:3-5).

«Venid, ved las obras de Jehová, qué desolaciones ha hecho en la tierra. Él hace cesar las guerras hasta el fin de la tierra; quiebra el arco, y rompe la lanza; quema los carros en el fuego» (Salmos 46:8, 9). «Hubo un gran terremoto, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra» (Apocalipsis

16:18), sacude la tierra hasta sus cimientos. «Y toda isla huyó, y los montes no fueron hallados» (Apocalipsis 16:20).

Cuando los impíos no tienen refugio, entonces se oyen cánticos de liberación de las pequeñas compañías. «Dios es nuestro amparo y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones. Por tanto, no temeremos, aunque la tierra sea removida, y los montes sean llevados al corazón del mar; aunque sus aguas rujan y se turben, aunque los montes tiemblen con su braveza» (Salmos 46:1-3).

En medio de la tribulación, una paz que sobrepasa todo entendimiento reposa sobre el pueblo de Dios; porque han oído la voz de Dios, proclamando la hora de la venida del Salvador. «Tendréis cántico, como en la noche cuando se guarda una solemnidad santa; y alegría de corazón, como cuando uno va con flauta para venir al monte de Jehová, al Fuerte de Israel. Y Jehová hará oír su gloriosa voz, y mostrará el descenso de su brazo, con la indignación de su ira, y con la llama de un fuego devorador, con dispersión, y tempestad, y granizo» (Isaías 30:29, 30). Y aun con todo esto, cuando «cayó del cielo sobre los hombres un granizo grande, cada piedra como del peso de un talento», los hombres todavía «blasfemaron a Dios por la plaga del granizo» (Apocalipsis 16:21).

Los impíos, con corazones como de diamante, no ven las señales de Su venida, sino que blasfeman, y para ellos Él viene como ladrón.

Durante estas escenas finales, el cielo está activo con preparativos para la segunda venida. Cristo reúne a su hueste a su alrededor. Después de que se oye la voz del Padre diciendo: «Hecho está», su trono se mueve. En la tierra, los preparativos para destruir a los santos siguen adelante. El decreto ha sido emitido, y el tiempo se acerca rápidamente, cuando con un solo levantamiento, los seguidores de Dios serán ejecutados en un solo día. A medida que la voz de Dios resuena por toda la tierra, la tierra tiembla; las tumbas se abren, y aquellos que han dormido bajo el mensaje del sellamiento, salen glorificados, listos para recibir el toque de la inmortalidad cuando Cristo aparezca. Algunos de los impíos también salen; porque aquellos que le traspasaron le verán cuando venga como

Rey de reyes. Es a medianoche cuando Dios elige liberar a su pueblo. De repente, la tormenta cesa, la oscuridad desaparece, y el sol irrumpe en toda su gloria. Con rostros pálidos, los impíos contemplan la pequeña nube en el este, —una nube del tamaño de la mano de un hombre, que gradualmente aumenta. Cánticos de triunfo surgen de los que esperan. «Jehová es bueno, fortaleza en el día de la angustia; y conoce a los que en él confían» (Nahúm 1:7). «Jehová tu Dios está en medio de ti, poderoso; Él salvará; se regocijará sobre ti con alegría; reposará en su amor, se regocijará sobre ti con cánticos» (Sofonías 3:17).

La nube que avanza es recibida con las palabras: «He aquí, este es nuestro Dios; le hemos esperado, y nos salvará; este es Jehová a quien hemos esperado, nos alegraremos y nos regocijaremos en su salvación» (Isaías 25:9).

Babilonia, la nación de la tierra que durante mucho tiempo ha embriagado a las naciones con el vino de su fornicación, es recordada ante Dios en su naturaleza triple, como paganismo, papado y protestantismo apóstata, y es obligada a beber del vino de la ira de Dios.

«Nuestro Dios es fuego consumidor» (Hebreos 12:29) para todos los que están en desarmonía con Él, pero aquellos que son espiritualmente uno con Él, son arrebatados para encontrarse con el Señor en el aire, «Y así estaremos siempre con el Señor» (1 Tesalonicenses 4:17).

Este tiempo de angustia está a poca distancia de nosotros. Un alma que anhele hoy estar cerca del Salvador asegurará un lugar de refugio bajo el ala del Omnipotente durante ese tiempo.